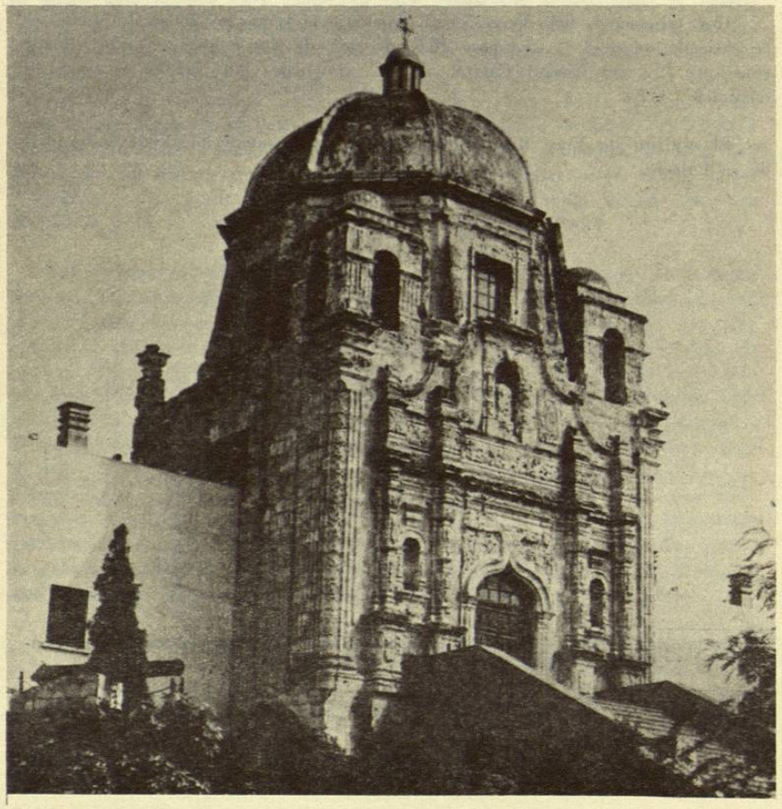
MANUEL TOUSSAINT



MONTERREY TIENE UNA OPORTUNIDAD

Manuel Toussaint

DURANTE mi primera visita a la ciudad de Monterrey, gentilmente patrocinada por la Universidad de Nuevo León, he podido darme cuenta de la exactitud de las opiniones que acerca de esta capital existen. Es una ciudad progresista, de habitantes activos e industriosos; sus factorías son de primera importancia y la colocan a la cabeza de las poblaciones de México; sus calles y edificios revelan gran influencia norteamericana; su comercio es el de una ciudad de los Estados Unidos. La vida de Monterrey, además, ha alcanzado un satisfactorio grado de comodidad y bienestar; es de las capitales más civilizadas de la República.

Todas estas ventajas se traducen en una sola palabra: Progreso. Monterrey puede sentirse orgulloso de sus adelantos. Sin embargo, para un observador un poco profundo puede presentarse una sombra que empaña tan halagüeño paisaje. ¿Monterrey ha progresado sin menoscabar su abolengo de ciudad colonial? ¿Habrá quien piense que, al dejarse hechizar por los vecinos del Norte, ha alejado sus ojos de la vieja patria mexicana? El adelanto material, ¿no ha impedido un poco el desarrollo del espíritu en una de sus manifestaciones más nobles como es el arte?

No soy el indicado para actuar de juez en estas cuestiones. Sobre desagradable, eso sería descortés. Sólo quiero insistir en lo que se refiere a los monumentos coloniales. Aunque hay quien afirma que nada queda en Monterrey de la época colonial, algo he podido ver de pinturas, de piezas de

orfebrería religiosa y de esculturas. La arquitectura es la que más ha sufrido: además de la desaparición de monumentos íntegros, otros han sido restaurados con gran torpeza. La catedral, levantada en el siglo XVIII, ostenta una portada barroca de sumo interés, tallada en esa cantera amarillenta que parece marfil pintado de oro viejo; pues bien, ignoro a quién —y prefiero ignorarlo— se le ocurrió que el templo estaba demasiado viejo, demasiado sucio, con partes muy deterioradas, y lo restauró. Se puede restaurar un monumento sin quitarle su carácter, pero aquí la obra se hizo con cemento y el cemento es el enemigo número uno —como ahora dicen— de la arquitectura colonial. Todo fue resanado, todo cubierto, tallado, o modelado mejor dicho, donde era necesario. La catedral quedó flamante, completita, pero sin emoción, sin pátina, sin antigüedad: parece una catedral de cemento!

En Monterrey sólo queda un monumento colonial digno de ese nombre: el Obispado. Su construcción data de 1786 en adelante. Fue obra de un obispo filántropo y artista, Fray Rafael José Verger, mallorquín de origen. Filántropo porque ordena tal construcción en el fatídico año del hambre, con objeto de dar trabajo a muchos desvalidos; artista porque crea una obra inútil, una especie de residencia campestre para los obispos y porque busca el sitio más pintoresco y de mayor visualidad escénica. ¿ Recordaba el obispo la maravillosa belleza de su isla nativa, Mallorca ? No lo sé, pero no puedo disociar mis ideas cuando encuentro dos bellezas que se atan por medio de un hilo inconsútil.

Sea como fuere, el Obispado, como se conoce a este palacio ruinoso, se levanta señoreando a la ciudad. Ostenta un patio con arcadas, diversas estancias, una gran capilla con cúpula en su centro y portada barroca, tallada en piedra, que parece orientar sus inquietudes hacia la población. Mas aquí surge otra desgracia: la ciudad se prolonga hacia el cerro en que se encuentra el monumento y lo absorbe, lo va absorbiendo en un brazo de casas modernas, que amenaza con ahogarlo. El tiempo y los hombres han sido crueles con este vestigio del pasado. Ha servido de fortaleza cada vez que Monterrey sufre un sitio; la cúpula, vencida por los años, ve henderse su cubierta. Sin embargo, el conjunto se encuentra en posibilidad de ser restaurado. Una hábil reparación que no altere las formas ni la técnica de la escultura es todo lo que se necesita.

He aquí pues la oportunidad que veo para Monterrey.

Salvar esta reliquia del pasado. No diré que es una joya de primer orden, como los grandes monumentos del centro de México, pero sí es muy valioso por los caracteres apuntados y por la ubicación: el último edificio colonial al norte por esta región. Desde luego se puede afirmar que vale más que cualquiera de las misiones de Texas o California y ya sabemos cómo esas misiones están conservadas.

El medio más propio para salvar el Obispado me parece que radica en la cooperación de los elementos cultos y valiosos de Monterrey con las autoridades del Estado y la Federación. Muchos ejemplos hay de Museos que viven en este plan de confraternidad: en Querétaro, en Morelia, en Oaxaca, en Guadalajara, en Pátzcuaro, en mucho sitios más. La Federación proporciona los técnicos para la restauración, desarrolla los planos y proyectos necesarios, suministra objetos para formar el museo y comparte debidamente el costo. El Gobierno local coopera en lo posible; pero aquí es necesaria la iniciativa personal para que la obra no sufra dilaciones y obstáculos. Todos los elementos capaces de hacerlo deben unir su esfuerzo al de las autoridades.

Cuando esa hermosa colina, hoy abandonada y sucia, esté cubierta de jardines escalonados en terrazas, desde las cuales se verá el más hermoso panorama de Monterrey; cuando la iglesia del Obispado con su escalinata, permita admirar los objetos que allí se exhiban, pasar después al bello patio, recorrer las habitaciones tanto en la parte alta como en la inferior donde se agrupen recuerdos de la historia de Nuevo León, efigies de sus grandes hombres, reliquias de guerras pasadas, objetos que surgirán por sí solos, Monterrey habrá pagado una deuda y obtenido un galardón: el respeto y la simpatía del resto de México.

JUSTINO FERNÁNDEZ

UNA ESCULTURA "TEQUITQUI" EN MONTERREY*

Justino Fernández

LAS INVESTIGACIONES sobre nuestra escultura colonial han de seguir ofreciendo sorpresas por mucho tiempo, todo el que tardemos en conocer bien el legado artístico que nos dejaron los tres siglos de dominación española. Afortunadamente crece día a día el interés por esta clase de estudios y en particular por la escultura de ese período, que, como certeramente apunta Moreno Villa no se le ha dado aún la atención que merece.

Como una pequeña pero interesante contribución al tema, damos ahora a conocer una extraordinaria escultura monolítica, con la cual topamos por así decirlo, al visitar la iglesia, hoy día en estado de ruina, que se encuentra en la loma del Obispado en la ciudad norteña de Monterrey, N. L. En el corredor del patio que forman las crujías de la construcción contigua a la iglesia, puede verse la escultura que ocupa nuestra atención, acerca de la cual, en una inscripción se lee lo siguiente: "Esta antigua y deteriorada escultura fue encontrada al hacer excavaciones en donde estuvo el templo de San Francisco, en esta ciudad de Monterrey, al lado Oriente de la prolongación de la calle de Zaragoza, el 19 de agosto de 1932, traída a este sitio el 25 del mismo mes y año; no tiene historia conocida, se conserva por lo que es: gestiones del Dr. Amado Fernández". Efectivamente, lo anterior y la escultura misma son los únicos datos que tenemos y, por lo tanto, des-

* Reproducido de "Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas", No. 12.

pués de leído el letrero, cabe preguntarse que si "se conserva por lo que es", ¿qué es, pues, la escultura aludida?

Los autos de fundación de la ciudad de Nuestra Señora de Monterrey están fechados el 20 de septiembre de 1596. El primer convento en todo el Nuevo Reino de León fue franciscano y se fundó el año de 1600, cuando fue allá, de México, el Padre Ciprián de Acevedo, con soldados y algunos animales de campo y quien pidió religiosos de nuestro Padre San Francisco para el convento que llamó San Francisco de Andrés y de los cuales los primeros fueron Fray Lorenzo González, el viejo, y Fray Martín de Altamira, pronto muerto a manos de los indios.

Así pues, la construcción misma del convento debe haberse llevado a cabo en los primeros años del siglo XVII y de esa fecha ha de ser, posiblemente, la ejecución de la escultura de que ahora tratamos y que, quizá represente la imagen de Santo Domingo; su altura es, aproximadamente, de un metro cuarenta centímetros y, por supuesto, es monolítica.

La sobriedad, el primitivismo, digamos, o la tosquedad con que está hecha, le prestan un carácter singular, que hace pensar, por un lado, en las esculturas románicas y por otro en las indígenas precortesianas, si bien, es indudable que participa a la vez de un concepto occidental y de otro indígena. Esto que es lo que da carácter a tantas esculturas del siglo XVI, ha sido llamado por Moreno Villa "lo tequitqui" o mudéjar mexicano para dar un término propio al arte indígena tributario del español, o más ampliamente, del occidental; esta escultura es pues "arte tequitqui", si hemos de aceptar el término o simplemente en ella se expresa sin duda un sentido escultórico indígena; veamos por ejemplo la forma en que el artista ha estilizado el pelo y recordemos la representación indígena del agua; la estrella o flor que luce en la frente el fraile es también de estilización indígena y en general el corte de la piedra, los amplios y simplificados pliegues del hábito, todo acusa la mano de un artista indígena que supo dar a su obra una vigorosa expresión.

Por sus formas, a primera vista, nadie dudaría de que se trata de una escultura del siglo XVI, pero por la fecha de la fundación del convento es indudable que pertenece al siglo XVII; como en tantos otros casos se trata de supervivencias de formas que se prolongan independientemente de la estricta

cronología, por lo cual esta escultura, si bien ejecutada en el XVII, puede decirse de ella que por sus formas es del XVI.

Sin duda hay una diferencia apreciable entre el cuerpo de la imagen y la cabeza, pues en ésta el artista tuvo la intención de hacer una expresión más naturalista, a pesar de las estilizaciones, que en el hábito o en la tosca mano. Es precisamente ese refinado contraste uno de los valores que tiene esta impresionante y por todos conceptos extraordinaria escultura, que contribuye a demostrar cómo en la Nueva España persiste esta influencia o carácter indígena expresado con naturalidad en el arte cristiano, dándole una calidad "sui géneris".

Por último, hay que hacer notar que esta escultura debe haber formado parte de la fachada o de alguna otra de la construcción del convento y no es una imagen aislada, dedicada al culto.

*

1.—José Moreno Villa. La Escultura Mexicana. Edit. El Colegio de México, 1942.

2.—Don Manuel Toussaint, Salvador Toscano y el que estas líneas escribe estuvimos en Monterrey, invitados por la Universidad neoleonesa para dar una serie de conferencias sobre arte, a principios de 1944. Fue en esa ocasión que visitamos las ruinas del Obispado. Las fotografías que aquí se publican fueron tomadas por Salvador Toscano.

3.—Vito Alessio Robles. Monterrey en la Historia y en la Leyenda. Edit. Antigua Lib. Robredo de José Porrúa e Hijos. Méx. 1936, p. 126.

4.—Lic. Santiago Roel. Nuevo León. Apuntes Históricos. T. I. pág. 27.

5.—Alessio Robles op. cit., pág 131 y siguientes.

6.—Op. cit., pág. 16.

» EN EL XXV ANIVERSARIO DEL MUSEO «
TEXTOS DE JOAQUIN A. MORA, MANUEL TOUSSAINT, JUSTINO FERNANDEZ Y RAUL RANGEL FRIAS, SE TERMINO DE IMPRIMIR EN ENERO DE 1982, AÑO DEL CUATRICENTENARIO DE LA FUNDACION DEL NUEVO REINO DE LEON, EN LA IMPRENTA UNIVERSITARIA DE LA U. A. N. L. A CARGO DEL DR. RODOLFO RODRIGUEZ GORJON. EL DISEÑO Y EL CUIDADO DEL FOLLETO ESTUVO A CARGO DE SERGIO GONZALEZ DE LEON.
TIRAJE 500 EJEMPLARES.

F1
.M
E5
C

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

SEP

NL